0 98 152

B.

PQ2193
.B7
C88

CAPILLA ALFONSINA

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Jorge
tomo, 2,
Cuentos es
autores: un tomo, 2,5
Cañizo. — *Justicia y P*
un tomo, 2,50.

Imp. de A. Pérez: Flor Baja, núm. 22.

LA CULEBRA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I.

Lucía Fontaine recibió en Nantes la carta en que su hermano la aconsejaba que volviese á París, y no dudó en atenderle, porque á su vez estaba convencida de la inutilidad de sus pesquisas. El Moreau en cuestión no se parecía físicamente á Pedro, y en punto á condiciones de criminal, fuera de cierta irregularidad en su vida, punible pero no infame, seguramente estaba muy lejos de ser hombre capaz de cometer un asesinato. En cuanto á su parentesco con Laura Vivian, no había jamás existido.

Y, por último, después de bien averiguado todo, resultaba que el sospechoso Moreau estaba en su casa, y no en París, la noche en que tuvo lugar el crimen que á Pedro le imputaban.

Á su regreso á París, el primer cuidado de Lucía, al saber que su amigo estaba ya en comunicación, fué encarecer á Jorge su deseo de verle.

—¡Cómo! (la dijo su hermano). ¿Pretendes penetrar en una cárcel?

—Sin duda. ¿No es el puesto de las mujeres aquel en donde sufre un infeliz? Y, además, ¿Pedro no es mi hermano?

—Para el mundo no.

—¿Piensas en él cuando se trata?.... ¡Ah! La duquesa de Limours puede temer su juicio.... Mas yo, que no opino como ella, desafío las censuras de la sociedad cuando mi conciencia está tranquila.

—Pero ¿te permitirán ver á nuestro amigo?—se apresuró á preguntar Jorge, para impedir que continuase hablando de Diana.

—¿Por qué no si tú lo pides? Estando el preso en comunicación ya...., puede recibir á sus amigos...

—No, perdona, Lucía. Puede ver á sus parientes y á su defensor. La comunicación con un preso cuya causa está en sumario no creas tú que es tan lata....

—Pero tú has estado en Mazas, ¿no?

—Por favor especial.

—Pídelo de nuevo para mí....

—¿Al Juez de instrucción? Estamos en malas relaciones.

—Eso no debe ser cosa del Juez; él ya cumplió su cometido. Dirígete á la prefectura de policía, explica las razones en que se funda tu petición, di los lazos íntimos que nos unen con Pedro, nuestro fraternal cariño y nuestra gratitud, y verás si te conceden ó no el permiso pretendido.

—Bueno. Probaré; pero.... ¿cuándo quieres ir á Mazas?

—Lo antes posible; hoy mismo. ¿Qué te impide?....

—Nada,—repuso Jorge con viveza, temeroso de que Lucía sospechara su propósito de ir á ver á Diana.

Se trasladó á la prefectura de policía, fué admirablemente recibido, y obtuvo en el acto el pase que deseaba. Apenas volvió á su casa y la joven vió en sus

hermanos para que entraran en sus habitaciones particulares.

—Deseo evitarles á Vds. el disgusto de penetrar en el recinto de la cárcel. En vez de hacer que les conduzcan al locutorio, voy á mandar que traigan aquí al señor de Morlain. Únicamente les ruego que tengan en cuenta la responsabilidad en que incurriría si, aprovechando mi deseo de complacer á Vds., infringiesen el reglamento de la casa, dando al preso algún objeto, como cartas, etc., prohibidos por la ley....

—Puede V. estar tranquilo, caballero (dijo Fontaine). En nombre de mi hermana y mío, me comprometo, bajo palabra de honor, á no hacer nada que pueda perjudicarle, y por ella y por mí le doy mil gracias por la bondad con que nos distingue.

El Director se retiró, y los dos hermanos quedaron esperando ansiosos la llegada de Pedro. Lucía olvidaba el triste lugar en que se hallaban, pensando que iba á ver á su amigo más querido. Jorge trataba en vano de dominar su inquietud, y, á su pesar, sintió rubor en el rostro y vergüenza en el corazón.

Por fin se abrió la puerta, y apareció Morlain.

Lucía se le abalanzó sin poder contenerse, y le abrazó con entusiasmo:

—Pero ¿eres tú, mi querida Lucía?—exclamó Pedro.

Y luego, dirigiéndose á Jorge, prosiguió:

—Y tú, amigo mío, ¿qué haces que no me abrazas?

Fontaine se acercó, procurando aparecer sereno. Pero su mano temblaba al estrechar aquella que tan noblemente le tendían, y sintió en las venas como si hielo en vez de sangre corriese por ellas.

—Por fin estamos reunidos como en otros tiempos (exclamó Pedro, tratando de que su acento fuera jovial). Tan lujoso me parece este gabinete comparado con mi celda y el locutorio, que me figuro estar en vuestra casa ó en la mía. ¡Eso de no ver reja en la ventana me parece tan raro!

—No te esfuerces por manifestarte alegre, hermano (le replicó Lucía, enjugándose una lágrima). Ese esfuerzo te hace daño, y es peor que tu natural tristeza. Desahoga tu corazón. Venimos á compartir tus dolo-

res en lo que pueda ser, y no á mortificarte exigiendo que nos finjas lo que no sientes.

—¡Gracias, gracias, Lucía! (dijo Pedro, estrechándola la mano con emoción). Dios os pague vuestra visita, que me hace mucho bien.... Porque no esperaba veros tan pronto.... Jorge me dijo que estabas en Nantes ocupándote de mí, de buscar á un desconocido asesino cuyo crimen me imputan....

—Es verdad. Hubo un momento en que creí poder salvarte sin más que mi propio esfuerzo. Pero pronto se desvanecieron mis ilusiones, y ya no las tenía cuando llegó la carta de mi hermano llamándome.

—Te habías propuesto encontrar á un tal Moreau, que suponías era el matador de Laura Vivian: eso me dijo Jorge.

—Sí; pero no es ese.

—Ya lo sabía. En cuanto supe que vuestras sospechas eran debidas á Aurelia, perdí toda esperanza de que fueran fundadas.

—¿Acaso crees?....

—Ni creo, ni sé nada, Lucía. Pero cuanto más recapacito sobre la conducta de esa muchacha, me extraña más. Recuerdo mil

pequeñeces, mil detalles á los que nunca di importancia.... ¿No te ha dicho Jorge lo que le conté sobre el hallazgo del botoncito de pechera?

—Sí, y me parece tan extraño como á ti. ¿Por qué niega que le encargaste buscarle pocos días antes de cometerse el asesinato?

—No lo niega. Es demasiado astuta para eso. Dice sólo que no lo recuerda. Y entre su declaración, que fortifica el criterio primitivo del Juez, ó la mía, contra la cual estaba mal dispuesto desde un principio, la justicia no vacila. Opta por aquélla.

—Pero esa prevención del Juez, ¿á qué se debe? —interrogó Jorge, obligado á intervenir en el diálogo.

—Y ¿qué sé yo? No puedo creer que se funde más que en mi conducta. Me rebelé contra él, contra su autoridad.... Pero ¿quién no hubiera hecho otro tanto? No era dueño de mí; la indignación me embargaba. Figuraos lo que me pasaría al verme acusado de un crimen tan horrible, siendo inocente. Luego ya recobré mi sangre fría, y entonces comprendí que la cólera sólo podía servir para perjudicarme.... Pero me

agobiaba á preguntas, á las cuales no podía responder, y tomé el partido de callarme. Este silencio tan pertinaz también me hizo daño, porque exasperó al Juez, del cual estaba pendiente mi suerte. Y el caso es que no se trata de un mal hombre. Es un magistrado imparcial y justo, pero se equivoca, y su error....

Lucía, que estaba pensativa hacía algunos instantes, interrumpió á Pedro, exclamando:

—Volvamos á la doncella de la señora Vivian, y no nos ocupemos de otras cosas. El tiempo es oro. ¿Nunca le has hablado de ella al Juez? ¿No le has indicado su extraña conducta?

—Sí; pero no me ha hecho caso, y no he insistido por eso. Ya os he dicho que procuro hablar con él lo menos posible.

—Sea. Pero entre nosotros todo puede contarse. Anda, dinos todo lo que piensas.

—Con mucho gusto. Ese es mi deseo. ¡Á ver si entre los tres hacemos algo de provecho!....

II.

Pedro estaba en pie. Se apoyó contra una librería que ocupaba el hueco comprendido entre los dos balcones, y comenzó así:

—En primer lugar, ordenemos la discusión. Procedamos con método. Ocupémonos de Aurelia como lo hubiese hecho el Juez si viera en ella un presunto culpable, en vez de considerarla como una testigo tan sólo. Vais á ver cómo sé dirigir el juicio (añadió sonriendo tristemente). Tengo la experiencia de esas cosas....

—Venga, —dijo Lucía.

nos hicimos esta misma pregunta, y la dejamos sin respuesta. Fijémonos en ella ahora. ¿Qué motivos podía tener para desear mi mal? Creo que ninguno. No soy de los que se franquean con los criados; pero jamás los trato mal, y siempre recompenso sus servicios con largueza.... El pobre Francisco me adora.... Vosotros lo sabéis tan bien como yo.

—¡Si vieras qué afligido está el infeliz!....

—¿Sabe ella que le aconsejé á su ama que la despidiese? Es verdad que la encontraba demasiado bonita para criada; que sus maneras me disgustaban; que observé un no sé qué misterioso en todos sus actos, y que, sin darle gran importancia, hice notar á Laura todo esto; pero estoy seguro de que nada le dijo, porque á nada conducía, y, por otra parte, no era tampoco aficionada á dar confianzas á su doncella.

—No teniendo motivos de queja en ese sentido (objetó Jorge), sólo cabe....

—¿El qué?

—Otras causas de rencor; acaso....

—¿Qué quieres decir?

Jorge se detuvo, señalando á Lucía con

la mirada. Pero ésta le comprendió, y dijo:

—Habla, Jorge, habla. Es demasiado grave el asunto para que te detenga ninguna consideración....

—Bueno, pues: quería decir que como el rencor de Aurelia no nazca en el corazón.... Siendo joven y bonita, tierna y apasionada, pudo muy bien enamorarse del único hombre á quien veía todos los días en casa de su ama. Esto sucede á cada paso....

—No tanto como crees, Jorge (interrumpió sonriendo Pedro). Además, esas cosas se conocen á la legua. Y nunca una palabra ni un gesto de Aurelia me pudieron hacer sospechar....

—Razón de más.... Si tú no caiste en lo que ella deseaba que notaras, y, por lo tanto, te mostrabas indiferente á sus insinuaciones, nada extraño es que te odie de muerte. Una mujer herida en el amor propio, despreciada ó que cree serlo, es capaz de cualquier cosa....

—No; no hay nada de eso. Es más: no creo que es ella mujer tan recatada como se necesitaría para que hubiera sucedido lo

que imaginas. Si mucho me apuras, me atrevería á afirmar, fundándome en ciertos detalles que le oí referir á Laura, que, si no fuera de la casa, porque salía muy poco, en ella misma tenía la tal Aurelia alguna intriga. Mas, con respecto á mí, desecha todo temor de que sea lo que supones la causa de su inquina.

—No insisto.

—Indudablemente la razón de su conducta es otra. Que tiene interés en perderme, un interés particular en que recaiga sobre mí toda la culpabilidad del asesinato, es indiscutible. Por eso miente y exagera. Pero, ¿cuál es ese interés?

—Para mí es claro (dijo Lucía). Su interés se reduce al que le inspira el verdadero culpable. La mejor manera de apartar de él las sospechas, es hacerlas recaer sobre ti, que te niegas á defenderte.

—Lo mismo creo yo, y me alegro de ver que coincidimos en nuestro juicio.

—No es extraño,—murmuró Lucía.

—Esa idea, vaga en un principio (prosiguió Pedro), se ha fortificado, y no se me quita de la mente desde que he sabido que trató de extraviar vuestras pesquisas, señalando un sujeto ilusorio, para que mientras le perseguíais se pasara el tiempo.

—¿De modo que crees que, al señalar á Moreau como posible asesino de su ama, procedió con intención determinada?

—Sin duda. En tu conversación adivinó ella el interés que por mí te tomas. Te consideró peligrosa, y se dijo: «Si busca con fe, al azar es muy fácil que tropiece con la verdad.» Entonces te envió á Bretaña, lejos de París, para que, mientras tanto que la causa se sentenciaba, no tuvieras ocasión de poner á la justicia sobre la pista del verdadero criminal.

—Es verdad; tienes razón. Se propuso sencillamente desembarazarse de mí (exclamó Lucía, cuyo semblante se dilataba por momentos). Pero no hay nada perdido, porque, de todas maneras, hemos dado un gran paso.

—Puede ser. Mas no hay que hacerse ilusiones. Estamos muy lejos de tener en nuestro poder al asesino, cuya infamia me atribuyen. Sabemos quién le conoce, es cierto; pero no basta con eso.

—Además, se trata de una mujer muy

astuta que representa una comedia, pero que la representa admirablemente, y con dificultad se dejará sorprender.

—¿Y por qué no ha de ser culpable esa muchacha? (exclamó Jorge de pronto.) Estamos seguros de que el móvil del crimen fué el robo. Los cincuenta mil francos que la entregaste á Laura han desaparecido del cajón del *secretaire*. ¿No será Aurelia misma quien los haya robado?

—El robo fué seguido de asesinato,—objetó Pedro.

—¿Y por qué no pudo la misma ladrona cometer el homicidio, después de robar á la víctima?

—Porque no tiene fuerza bastante. Si la conocieras, no dirías eso. Es una muchacha débil, bajita....

—Pero quizás fuerte y nerviosa.

—Así y todo, Laura era mucho más fuerte y más nerviosa que ella. Seguramente no se hubiera dejado matar sin luchar mucho, y es más que probable que no la hubiese vencido. Además, los cincuenta mil francos se hubieran hallado en su poder, porque ¿dónde pudo ocultarlos? Se hace la enferma, y desde el día mismo del

crimen no ha salido de su cuarto, según asegura todo el mundo.

—¿Han registrado bien?

—Hasta en los rincones menos sospechosos de su alcoba. Es una satisfacción que se dió el Comisario, que me manifestó cierta simpatía, y que no está, ni con mucho, convencido de mi culpabilidad.

—¿Y no encontraron ningún indicio?

—Ninguno. Ni en el cofre, ni en los colchones, ni en los cuartos inmediatos, que se registraron también. No tengáis duda ninguna. Aurelia es cómplice sólo; el culpable de asesinato es otro á quien precisa encontrar.